

## LA LEY DEL PENDULO

Vamos a comenzar nuestra cátedra de esta noche. Ciertamente, la humanidad vive entre el batallar de las antítesis, entre la lucha cruenta de los opuestos. A veces nos encontramos muy alegres, contentos; otras veces, nos hallamos deprimidos, tristes. Tenemos épocas de progreso, de bienestar (unos más que otros, de acuerdo con la Ley del Karma); también tenemos épocas críticas en lo económico, en lo social, etc. Hay veces que nos encontramos optimistas con relación a la vida, y hay veces que nos sentimos pesimistas. Siempre se ha visto que a toda época de alegría, de contentamiento, le sigue una temporada depresiva, dolorosa, etc. Nadie puede ignorar de que siempre estamos sometidos a muchas alternativas en el terreno práctico de la vida. Por lo común, a las épocas que nosotros denominamos "felices", siguen épocas angustiosas. Es la Ley del Péndulo la que gobierna, realmente, nuestra vida.

Ustedes han visto, por ejemplo, el péndulo de un reloj: tan pronto asciende, por la derecha, como se precipita para ascender por la izquierda. Esa Ley del Péndulo gobierna también a las naciones (no hay duda). En las épocas, por ejemplo, en que Egipto florecía a las orillas del Nilo, el pueblo Judío parecía (o no es que parecía, era nómada en el desierto). Mucho más tarde, cuando el pueblo egipcio decayó, se levantó victorioso el pueblo hebraico (es la Ley del Péndulo). Una Roma triunfante, se sostiene sobre los hombros de muchos pueblos, pero después cae (con la Ley del Péndulo), y esos pueblos ascienden victoriosos.

La Unión Soviética, por ejemplo, se apasionó terriblemente por la dialéctica materialista, pero ahora el péndulo comienza a cambiar, está pasando al otro lado, y como resultado, la dialéctica materialista está quedando o ya quedó prácticamente arrinconada, ya no tiene ningún valor. Hoy en día, la mayor producción que tenemos en materia de Parapsicología, se la debemos a la Unión Soviética. Y está ya comprobado, de acuerdo con los datos, que la Unión Soviética está produciendo la mayor cantidad de materias relacionadas con la Parapsicología: se usa el ocultismo en las clínicas, la Parapsicología en todos los hospitales, etc. Al paso que va la Unión Soviética, dentro de poco tiempo habrá pasado, exactamente, al lado opuesto del materialismo, se habrá hecho absolutamente mística y

espiritual. Ya lleva ese camino, y muchos paladines místicos están descollando, pues, en Rusia.

¿La dialéctica de Carlos Marx? Pues, ha quedado arrinconada, está cayendo prácticamente en el foso del olvido, para dejar su puesto a la Parapsicología y posteriormente al esoterismo científico, al ocultismo, a la Yoga etc., porque el péndulo está cambiando, está pasando al otro lado: de la tesis a la antítesis.

Todos los seres humanos dependen de la Ley del Péndulo; eso es obvio. Tenemos buenos amigos y si sabemos comprenderlos, es claro que podremos conservar su amistad; sería absurdo que nosotros exigiéramos que nuestros amigos no estuvieran jamás sometidos a la Ley del Péndulo. Nunca debe extrañarnos, por ejemplo, que un amigo con el cual hemos tenido siempre buenas relaciones, resulte de la noche a la mañana con el ceño fruncido iracundo, berrinchudo, malgenioso, duro en la palabra etc., ante nosotros. En esos casos hay que hacer una venia respetuosa y retirarnos, para que el amigo tenga tiempo de desahogarse, y por el hecho de que nos haga mala cara un día, no debemos nosotros desanimarnos; antes bien comprenderlo, porque no hay ser humano que no esté sometido a la Ley del Péndulo.

Así pues que, vale la pena ser reflexivo. Esta Ley del Péndulo, parece o entiendo que se hace muy manifiesta, especialmente en los nativos de Géminis: 21 de mayo al 21 de junio. Estos de Géminis tienen (se dice) una doble personalidad. Como amigos son extraordinarios, maravillosos, llegan hasta el sacrificio por sus amigos, pero cuando cambia la personalidad, entonces son lo opuesto, y todo el mundo queda desconcertado. Bueno, éste es precisamente un ejemplo de lo que es la Ley del Péndulo. No quiero decir que ellos sean únicamente los exclusivos en esta cuestión de la Ley del Péndulo; no, hasta allá no llegamos, pero sí por lo menos la especifican, la ponen de relieve, sirven como de patrón de medida, nos indica lo que en realidad de verdad es tal Ley.

Quienes conocemos a los nativos de Géminis, sabemos manejarlos. Cuando viene su personalidad fatal o negativa a la manifestación, nosotros no oponemos ninguna resistencia y pacíficamente aguardamos que vuelva la personalidad simpática a la actividad.

Resulta interesante todo esto; pero es que la Ley del Péndulo no solamente está demostrada por los nativos de Géminis, también la podemos evidenciar en nuestro organismo. Existe un diástole y un sístole en el corazón, es decir, la Ley del Péndulo. "Diástole", deviene de cierta palabra griega que significa "reorganizar", "prepararse", "acumular". etc. "Sístole" significa "contracción", "impulso", "dirección", de acuerdo con ciertas palabras griegas. Durante el diástole, el corazón se abre para recibir la sangre, mas también organiza, prepara etc., hasta que toma una nueva iniciativa, se contrae y lanza pues la sangre a todo el organismo. Este lanzamiento es importante, por él se existe. Pero lo que sí me doy cuenta cabal, es que las gentes comprenden que hay un diástole y un sístole, pero no entienden que entre el diástole y el sístole, existe una tercera posición: la de preparación, ordenamiento, acumulación de potencias vitales, etc. Se nos dirá que es muy breve, pues, el intermedio entre el diástole y el sístole... Acepto: se trata de milésimas de segundo. Para nosotros resulta demasiado fugaz, pero para ese mundo maravilloso de lo infinitamente pequeño, para ese mundo extraordinario del microcosmos, pues es lo suficiente como para realizarse prodigios. Mirando las cosas desde este ángulo, me parece que nosotros deberíamos orientarnos con la cuestión esta del diástole, el sístole y su síntesis organizativa; eso es obvio.

La gente toda, en sus relaciones o interrelaciones, vive completamente esclavizada por la Ley del Péndulo: tan pronto suben con la alegría desbordante, cantando victoria, como se van al otro lado, deprimidos pesimistas, angustiados, desesperados. La vida parece complicarse toda, de acuerdo con la Ley del Péndulo. Las altas y bajas de la moneda, subidas y bajadas de las finanzas, las épocas de maravillosa armonía entre los familiares, los tiempos de conflictos y problemas, se suceden todos inevitablemente, de acuerdo con la Ley del Péndulo.

Para nuestro modo de ver las cosas, debemos asegurar, en forma enfática, que la Ley del Péndulo es mecanicista en un ciento por ciento. Esa Ley del Péndulo la tenemos en nuestra mente, en nuestro corazón y en los centros motor-instintivo-sexual. Es obvio que en cada centro existe la Ley del Péndulo. En la mente, está perfectamente definida con el batallar de las antítesis, en las opiniones encontradas, etc. En el corazón, con las emociones antitéticas, con los estados de angustia y de felicidad, de optimismo y depresión. En el centro motor-instintivo-sexual, se manifiesta

con los hábitos, las costumbres, con los movimientos: fruncimos el ceño, estamos adustos; cuando nos hallamos deprimidos o sonreímos alegres, bajo el impulso, pues, del centro motor; cuando nos hallamos muy contentos, etc. Saltamos, brincamos, llenos de alegría por una buena noticia, o nos tiemblan las pantorrillas ante un peligro inminente: tesis y antítesis del centro motor, la Ley del Péndulo en el centro motor.

Conclusión: somos esclavos de una mecánica. Si alguien nos da palmaditas en el hombro, sonreímos tranquilos; si alguien nos da una bofetada, contestamos con otra; si alguien nos dice una palabra de alabanza, felices nos sentimos, pero si alguien nos hiera con una palabra agresiva, nos sentimos terriblemente ofendidos. Total, somos maquinitas sometidas a la Ley del Péndulo, cada cual puede hacer de nosotros lo que le venga en gana. ¿Quieren vernos contentos? Denos unas cuantas palmaditas en el hombro y unas cuantas lisonjas al oído, y estamos contentísimos. ¿Quieren vernos llenos de ira? Díganos una palabra que nos hiera el amor propio, dígasenos cualquier palabra dura y nos verán también ofendidos, iracundos.

Así pues, la psiquis de cada uno de nosotros, en realidad de verdad, está sometida a lo que los demás quieran. No somos, eso es triste decirlo, dueños de nuestros propios procesos psicológicos; cualquiera puede manejar nuestros procesos psicológicos, somos verdaderas marionetas que cualquiera maneja. Si yo quiero tenerlos aquí contentos a ustedes, me basta endulzarles el oído, alabarlos y los tengo felices. Si yo quiero que ustedes queden disgustados conmigo, me pongo a ofenderlos, y entonces ustedes fruncen el ceño, el entrecejo; ya no me miran "con dulces ojos" como en este momento me están mirando, sino en forma iracunda, con "ojos de pistola". Pero si yo quiero volverlos a ver contentos, vuelvo y les digo unas palabritas dulces, y vuelven a estar contentos y me vuelven a mirar dulcemente. Conclusión: se convierten para mí, ustedes, en un instrumento en el que puedo yo tocar melodías, ya dulces, ya graves, ya agresivas, ya románticas, como quiera. Entonces, ¿dónde está, pues, la individualidad de las gentes? Pues no la poseen, si no son dueños de sus propios procesos psicológicos. Cuando uno no es dueño de sus propios procesos psicológicos, no puede decir, realmente, que posee una individualidad.

Salen ustedes, por ejemplo, a la calle; van muy contentos, mientras no halla algo que les disguste. Tal vez vayan manejando su carrito, y por ahí

viene un loco, de esos que andan por la ciudad, y los rebasa por la derecha y se les atraviesa. Esto les ofende terriblemente. Ustedes no protestan en ese momento con la palabra (por lo menos protestan con el claxon), pero sin protestar no se quedan. Es decir, el del carrito que los rebasó, que los molestó, que los fastidió, los hizo cambiar totalmente. Si iban contentos, se llenaron de ira; entonces el del carrito pudo más sobre ustedes, pues pudo manejar sus psiquis y ustedes no pudieron.

¿Van viendo, pues la Ley del Péndulo? Bueno, ¿habría alguna forma de escaparse uno de esta terrible Ley mecánica del Péndulo? ¿Creen ustedes que hay alguna manera de escapar? Si no la hubiera, estaríamos condenados a vivir una vida mecánica, por secula seculorum, amen... Obviamente que tiene que haber algún sistema que nos permita evadir esa ley, o manejarla. Existe, realmente: tenemos que aprender a volvernos comprensivos, reflexivos, aprender a ver las cosas, en la vida, tal como son. Obviamente que cualquier cosa en la vida, tiene dos caras. Una superficie cualquiera, nos está indicando la existencia de una cara opuesta; eso es incuestionable. El anverso de una medalla nos sugiere el reverso de la misma. Todo tiene dos caras; las tinieblas son lo opuesto de la luz. En los mundos suprasensibles, puede evidenciarse que al lado de un Templo de luz, existe siempre un Templo tenebroso; eso es claro. Pero, ¿por qué cometemos nosotros el error de alegrarnos ante algo positivo y de protestar ante algo negativo, si son las dos caras de lo mismo? Pienso que el error más grave en nosotros, consiste precisamente en no saber mirar las dos caras de cualquier cosa, o de cualquier circunstancia, etc. Siempre vemos más una cara, nos identificamos con ella y sonreímos; pero cuando se nos presenta la antítesis de la misma, protestamos, rasgamos nuestras vestiduras, tronamos y relampagueamos; no queremos nosotros, en verdad, cooperar con lo inevitable y ese es nuestro error, precisamente.

Hay veces que nos apasionamos por un platillo de la balanza y otras veces por el otro platillo; hay veces que nos vamos a un extremo del péndulo y hay veces que nos vamos al otro, y por este motivo no hay paz entre nosotros, nuestras relaciones son muy pésimas, conflictivas. A toda época de paz le sucede una época de guerra, y a toda época de guerra, le sucede una de paz. Somos víctimas de la Ley del Péndulo y eso es doloroso. A eso se debe, precisamente, la tempestad de todos los exclusivismos, la lucha de clases, los conflictos entre el Capital y los trabajadores, etc.

Si nosotros pudiéramos ver las dos caras de toda cuestión, realmente todo sería diferente; mas nos falta comprensión. Si queremos ver las dos caras de cada cuestión, se hace necesario, a mi modo de entender las cosas, vivir no dentro de la Ley del Péndulo, sino dentro de un círculo cerrado, un círculo mágico. Imaginemos nosotros un círculo alrededor de nosotros, un círculo mágico. Por ese círculo van pasando todos los pares de opuestos de la Filosofía: las tesis y las antítesis, las circunstancias agradables y desagradables, las épocas de triunfo y de fracaso, el optimismo y el pesimismo, lo que llaman "bueno" y lo que las gentes llaman "malo", etc. Alrededor de ese círculo mágico podemos ver un desfile muy interesante; descubriremos, por ejemplo, que a toda gran alegría le suceden, enseguida, estados depresivos angustiosos, dolorosos. Cuando las gentes se carcajean más, las lágrimas son mayores y los llantos peores. Observen, habrán visto ustedes que ha habido en la vida, instantes en que todo el mundo ríe (la familia), que todos están contentísimos, que no hay sino carcajadas y alegría... Mala cosa esa. Cuando uno ve en una familia eso, puede profetizar, seguro de que no va a fallar, de que a esa familia le aguarda un sufrimiento, en que todos van a llorar. Eso es seguro, porque todo es doble en la vida. A la mueca esa de la carcajada, le sigue otra mueca fatal: la del supremo dolor y el llanto. A los gritos de alegría, etc., le suceden los gritos de supremo dolor.

Todo tiene dos caras: la positiva y la negativa; eso es obvio. Este signo por ejemplo, lo indica: esotérico. Supongan ustedes, o refléjenlo aquí, en el suelo. Observen en el suelo la sombra. ¿Qué se ve? El Diablo, eso es claro, y sin embargo es el signo del esoterismo, pero su sombra, obviamente, tiene la cara del Diablo. Todo es doble en la vida, no hay nada que no sea doble.

Cuando uno se acostumbra a ver las cosas desde el centro de un círculo mágico, todo cambia, se libera de la Ley del Péndulo. En cierta ocasión, cuando tuve yo el cuerpo físico de Tomas de Kempis, escribí en una obra titulada "La Imitación de Cristo", la siguiente frase: "No soy más porque me alaben, ni menos porque me vituperen, porque siempre soy lo que soy". Eso es claro, todo tiene su doble cara: la alabanza y el vituperio, el triunfo y la derrota. Todo tiene dos caras.

Cuando uno se acostumbra a ver cualquier circunstancia, cualquier cosa, cualquier acontecer, en forma íntegra, unitotal, con sus dos caras, pues

se evita en la vida muchos desengaños, muchas frustraciones, muchas decepciones, etc. Si uno trata a una amistad, a un amigo, pues debe comprender que ese amigo no es perfecto, que tiene sus agregados psíquicos, que en cualquier momento podría pasar de amigo a enemigo (lo que es normal, además). Y el día que eso suceda de verdad, el día que ese acontecer se realice, no pasa uno por ninguna desilusión, está curado en salud; eso es obvio.

Recuerdo cuando empecé yo con el Movimiento Gnóstico. Por ahí, unas tres o cuatro personas me seguían, y en verdad yo había puesto todo mi corazón en esa gente, luchando por ayudarles: que salieran en Cuerpo Astral, que la meditación, que en el estudio de la Gnosis, etc. Logré formar cierto grupito; todo aguardaba entonces, menos que alguien del grupito se retirara, puesto que había venido, pues, de lleno dedicado a formar ese grupito con mucho amor. Claro, cuando uno de los del grupo se retiró, sentí como si me hubieran clavado un puñal en el corazón. Dije: "Pero si yo he luchado tanto por este amigo, si yo quería que él marchara por la senda, como debía ser; si yo no le he hecho ningún mal, ¿entonces por qué me traiciona? Se afilió a otra escuela. Todo pensaba, menos que alguien que está recibiendo las enseñanzas, pudiera afiliarse a otra escuelita. Sin embargo, resolví continuar estoicamente con mi trabajo. Fueron aumentando en el grupo, y llegó el día en que había mucha gente. Por aquellos días se me dijo en los mundos superiores, que "el Movimiento Gnóstico era un tren en marcha y que unos pasajeros se bajaban en una estación y que otros subían en otra estación; que más allá bajaban otros, y mucho más allá subían otros". Conclusión: era un tren en marcha, y yo era el maquinista que iba conduciendo la locomotora. Por lo tanto, "no debería preocuparme". Así lo entendí, y realmente más tarde lo pude comprobar: unos pasajeros subían en una estación y se bajaban más adelante, y así sucesivamente. Desde entonces me volví estoico. Vi también que se retiraba uno y llegaban diez. "Bueno -dije-, entonces no hay por qué preocuparse tanto". Desde aquella época, pues, después de un gran sufrimiento por uno que se retiró, aprendí que muy raro es el que llega a la estación final. Eso me costó bastante dolor. ¿Que hoy se retira un hermano? ¡Que le vaya bien! Ya no soy aquel que se llenaba de terrible angustia, desesperado por el hermanito; esos tiempos ya pasaron. ¿Que se retira uno? Llegan diez, llegan veinte... Pues sí, cuando hay tanta gente, por gente no debemos pelear; ¡eso es claro!

Todos están sometidos a la Ley del Péndulo: los que hoy se entusiasman por la Gnosis, mañana se desilusionan. Eso es normal, todos viven dentro de esa mecánica.

Aprendí, entonces, a ver las dos caras de cada persona. ¿Se afilia alguien a la Gnosis? La ayudo y todo, pero estoy absolutamente seguro que ese alguien no va a permanecer con nosotros toda la vida, que ese alguien no va a llegar a la estación final. Cómo lo sé por anticipado, pues estoy curado en salud. Me he colocado, exactamente, en el centro del círculo mágico, para ver todo lo que en el círculo va pasando: cada circunstancia, cada persona, cada acontecer, cada suceso con sus dos caras, positiva y negativa. Si uno se sitúa en el centro y ve pasar todo a su alrededor, sin tomar partido por la parte positiva o por la negativa de cada cosa, pues se evita muchos desengaños, muchos sufrimientos.

El error más grave en la vida es querer ver nada más que una cara de cualquier cuestión, una cara de una arista, una cara de una circunstancia, una cara de un objeto cualquiera, una cara de un acontecer. Eso es grave, porque todo es doble. Cuando viene la parte negativa, entonces siente uno que le clavan siete puñales en el corazón.

Hay que aprender a vivir, mis amigos, hay que saber vivir, si es que ustedes quieren llegar lejos; no como muchos. Porque si ustedes únicamente ven una cara, nada más, no ven la antítesis, la otra cara, la fatal, tienen que pasar por muchos desengaños, por muchos desencantos, por muchos sufrimientos; terminan enfermos y al fin mueren. La pobre Blavatsky, por ejemplo, la mataron. ¿Quiénes la mataron? Todos sus calumniadores y detractores y enemigos secretos y amigos, o esos que se dicen "amigos". Sencillamente la asesinaron; no con pistolas ni con cuchillos; no, no, no: hablaron mal de ella, la calumniaron públicamente, la traicionaron, etc., etc., etc., y "otras tantas hierbas". Conclusión: murió la pobre, llena de sufrimientos.

Yo francamente, lo lamento mucho, pero ese gusto sí no se lo voy a dar a todos los hermanitos del Movimiento. Yo veo, en cada hermanito, dos caras. Un hermano que hoy está con nosotros, un hermanito que estudia nuestra doctrina, lo aprecio, lo amo, pero el día en que se retira, para mí es normal que se retire; más bien me extraño cuando alguien dura demasiado.



Pero, para aprender esta horrible lección, tuve que sufrir fuertemente. Los primeros, sí, fue como si me clavaran un puñal en el corazón; ya, después, me volví como mejor, parece que me salió un callo en el corazón. De manera que lo de la Blavatsky no lo voy a hacer, porque yo estoy mirando las dos caras de cualquier cuestión; estoy en una tercera posición, en la posición en que está el corazón cuando se está preparando para su sístole. El está en estado de alerta, absorbiendo en sus profundidades, preparando, organizando, para luego recogerse, comprimirse y lanzar la sangre por el organismo. Mejor dicho, considero que mejor es estar uno en el centro de un círculo mágico, que en los extremos del péndulo. Ese centro, en el Oriente, en la China, especialmente, se llama el Tao. Tao es el trabajo esotérico gnóstico, Tao es el camino secreto, Tao es algo muy íntimo, Tao es el Ser. Cuando uno vive en el centro del círculo, pues no está metido dentro de ese jueguito mecánico de la Ley del Péndulo, no está sometido a las alternativas esas de angustia y de alegría, de triunfo y de fracaso, de alegría y de dolor, de optimismo y pesimismo, etc. No, se ha liberado de la Ley del Péndulo; eso es obvio. Pero, repito, hay que aprender a ver, cada cosa, en sus dos caras: positiva y negativa, y no identificarse ni con la una ni con la otra, porque ambas son pasajeras; todo pasa, en la vida, todo pasa.

Dentro del mundo éste que podríamos llamar "intelectual", siempre se tiene como una cierta aversión a las opiniones. Porque tengo entendido que una opinión emitida, no es más que la exteriorización intelectual de un concepto, con el temor de que otro sea el verdadero. Esto, naturalmente, acusa supina ignorancia; esto es grave, allí están las antítesis.

Todavía no entiendo, no lo comprendo, por qué motivo cierta Pitonisa sagrada le dijo a Socrates que "había algo entre la sabiduría y la ignorancia", y que "ese algo era la opinión". Sinceramente, aunque sea muy sagrada esa Pitonisa, no he podido aceptar su tesis, porque la opinión, pues, viene de la personalidad y no del Ser. La personalidad, realmente, conduce a los seres humanos hacia la involución sumergida de los Mundos Infernos. La personalidad, como les decía en cierta ocasión, tiene muchos trasfondos, es artificiosa, está formada por las costumbres que nos enseñaron, con esa falsa educación que recibimos en las escuelas y colegios, que nos separó del Ser, que no guarda ninguna relación con las distintas partes Ser. Esta personalidad es artificiosa. Como quiera que nos aleja de nuestro propio Ser interior profundo, obviamente nos conduce por un camino equivocado que

nos lleva hacia la involución del Reino Mineral Sumergido.

De manera que pienso (estoy pensando aquí en voz alta) que cuando uno no sabe algo, es preferible callarse antes que opinar, porque la opinión es el producto de la ignorancia. Uno opina porque ignora: si no, no opinara. Uno emite un concepto, con temor de que otro sea el verdadero (vean ustedes ese dualismo de la mente); es terrible el batallar; a una opinión se le contrapone otra. En realidad, la personalidad se mueve dentro de la Ley del Péndulo, vive en el mundo de las opiniones contrapuestas, de los conceptos antitéticos, del batallar de las antítesis. Entonces no sabe nada la personalidad, y la opinión es producto de la ignorancia. Si analizamos lo que es la personalidad, que es la que origina la opinión, llegamos a la conclusión de que la opinión es el resultado de la ignorancia. De manera que lo que esa Pitonisa le dijo a Socrates, parece equivocado.

Le pregunta Socrates, también, a la Pitonisa (Divinus se llamaba la Pitonisa de Delfus) sobre el amor. Dice Socrates que "el amor es bello, inefable. sutil". La Pitonisa le contesta que propiamente, no es bello. Socrates le dice, asombrado le responde: "¿Acaso no es bello?, ¿entonces es feo?". La Pitonisa le dice: "¿No puedes ver si no lo feo, como si no existiera más que lo feo? ¿No puedes concebir que entre lo bello y lo feo hay algo diferente, algo distinto? El amor no es ni bello ni feo, es diferente y eso es todo"... Socrates, como era un sabio, tuvo que guardar silencio.

Claro, como estoy pensando aquí en voz alta con ustedes, les invitaría a la reflexión. ¿Cómo han visto ustedes el amor? ¿Cómo lo han visto?; no como se lo han dicho que es, sino como ustedes lo han sentido: ¿bello o feo? ¿Alguno de ustedes me puede dar una respuesta? ¿Quién gustaría contestar?

P.- Maestro, cuando se esta enamorado, pues es bello, y si uno recibe amor del ser que ama, pues es doblemente bello.

R.- A ver...

P.- Siempre se ha relacionado a la belleza con el amor y lo feo con la antítesis del amor. Son dos aspectos psicológicos que nuestras abuelitas, de niños, cuando nos hablaban de las Hadas, nos las pintaban así: por ser

buenas, bellas, y cuando nos hablaban de los ogros, por ser malos, nos los pintaban feos. Entonces creo que está, el amor, mas allá de esos principios.

R.- Están, pues, dadas dos respuestas. Mas debe hacerse una diferencia entre lo que es bello y lo que es el amor. De manera que no está muy completa la cuestión. A ver si otro da una respuesta. A ver tú.

P.- Presiento que el amor está más allá de ese par de opuestos, trasciende lo bello y lo feo, está más allá.

R.- La respuesta está muy interesante. A ver, dime, hermano.

P.- El amor es inefable, porque no es una cuestión intelectual; es una emoción que podríamos llamar "sublime".

R.- Esa respuesta está más trascendental.

P.- Maestro, yo considero que el amor es indefinible; cuando uno siente amor, no se puede expresar con palabras.

Maestro, yo diría que para nosotros es muy difícil decir si el amor es bello o feo, porque nosotros no conocemos el Amor.

R.- Bueno, a ver, la última de las respuestas.

P.- Pienso que como todo lo captamos desde el punto de vista de nuestra humana personalidad, todo es relativo, somos víctimas de las circunstancias y no profundizamos, entonces el amor se escapa a lo nuestro. Eso pertenece realmente al Ser, no a la humana personalidad.

R.- Te hemos escuchado. ¿Quién más va a decir algo?

P.- El amor es del Ser; la única razón del amor, es él mismo.

R.- Está bien... En realidad de verdad que la Pitonisa aquella de Delfus, que habló a Socrates, insinuó prácticamente una verdad: el amor, está aún más allá de lo bello y de lo feo. ¿Que la belleza deviene del amor? Es otra cosa. Por ejemplo, cuando el Ego es disuelto, queda en nosotros la belleza

interior, y de esa belleza deviene eso que se llama amor. De manera que, entonces, el amor, en sí mismo, está más allá de los conceptos que se tienen sobre la fealdad y sobre la belleza. No se puede definir, porque si se define, se desfigura. ¿Tendría entonces razón o no la Pitonisa? Sí la tiene: está más allá de los conceptos de fealdad y de belleza, aunque del amor devenga la belleza, resulte la belleza. Donde existe el verdadero amor, existe la belleza interior; eso es obvio.

Así que, hermanos, entre la tesis y la antítesis siempre hay una síntesis que coordina y reconcilia los opuestos. Veamos esto. Sabemos que existe la gran batalla entre los poderes de la luz y los poderes de las tinieblas. En el mismo esperma sagrado, existe una lucha entre los poderes atómicos de la luz y los poderes atómicos de las tinieblas. En todo lo creado, existe esa gran lucha; las columnas de Angeles y de Demonios se combaten mutuamente, en todos los rincones del Universo.

Cuando uno no tiene todavía la Piedra Filosofal, ve como imposible la reconciliación de los opuestos, luz y tinieblas dentro de uno mismo. Mas cuando uno logra la piedra de los filósofos, la piedra de la serpiente, a base de trabajos conscientes y padecimientos voluntarios, entonces, mediante la misma, logra reconciliar los opuestos, y los reconcilia en sí mismo, pues que reconoce que todo en la creación tiene doble cara. Y sólo mediante una tercera posición, es decir, sólo mediante el Tao (en el centro del círculo mágico), sólo mediante la síntesis, podemos reconciliar los opuestos dentro de nosotros mismos; eso es obvio.

Así que, se hace necesario que aprendamos a reconciliar los opuestos, se hace necesario que nos libertemos nosotros de la Ley del Péndulo y que vivamos mejor dentro de la Ley del Circulo. Uno se liberta de la Ley del Péndulo cuando se coloca en la Ley del Circulo, cuando se coloca en el Tao, que está en el centro del círculo mágico. Porque entonces, a su alrededor de uno, todo pasa; por todo el rededor de la Conciencia de uno (que es un círculo, que es la Conciencia redonda de uno mismo), ve uno cómo pasan los distintos aconteceres, con sus dos caras; cosas, con sus dos posiciones, las circunstancias, etc., los triunfos y las derrotas el éxito y el fracaso.

Todo tiene dos caras, y uno, ubicado en el centro, reconcilia los opuestos, ya no teme a un fracaso económico, ya no sería capaz de volarse

la tapa de los sesos porque perdió su fortuna de la noche a la mañana, como han hecho muchos jugadores del Casino de Montecarlo: pierden su fortuna y se suicidan; ya no va a sufrir por las traiciones de sus amigos, se hace invulnerable al placer y al dolor.

¡Vean ustedes lo extraordinario, lo maravilloso! Pero si nosotros no aprendemos a vivir dentro del círculo, si no nos ubicamos exactamente en el Tao (punto central del círculo mágico), continuaremos como estamos: expuestos a la ley trágica y cambiante del péndulo, que es completamente mecanicista en un ciento por ciento, dolorosa.

Así, mis queridos amigos, debemos aprender a vivir inteligentemente, conscientemente; eso es obvio. Desgraciadamente, toda la humanidad está sometida a la Ley del Péndulo. Miramos como la mente pasa de un lado a otro. ¡Eso es fatal! Yo he visto, pues, que no hay nadie, en realidad de verdad, que no esté sometido a la cuestión esa de las objeciones. Llegará alguno y nos dice alguna cosa, alguna frase. ¿Qué es lo primero que se nos ocurre? ¡Objetar, poner tal o cual objeción! Es la Ley del Péndulo: "dime que yo te diré", "me derribas y yo te derribo después". Conclusión: dolor. ¡Vale más que no, eso es terrible! ¿Por qué tenemos que estar poniendo objeciones, hermanos? Me viene en este momento, a la mente, un caso interesante. Hace muchos pero muchísimos años, hallándome en el Mundo Astral, en Hod, en el Sephirote Hod, internado en ese Sephirot, hube de invocar a un Deiduso, Angel o Elohim, como ustedes quieran denominarlo, o Deva. Algo me dijo aquel Deiduso y de inmediato objeté y saqué a relucir la antítesis. En forma muy vulgar les diría a ustedes que le refuté. Yo esperaba que el Deiduso aquel discutiera conmigo también, mas no sucedió así. Aquella seidad me escuchó con infinito respeto y profunda veneración. Aduje muchísimos conceptos y cuando concluí (que pensaba que iba a tomar la palabra para rebatirme) con gran asombro vi que hizo este signo, se inclinó reverente, dio la espalda y se fue, dio media vuelta y se fue. Me dio una lección extraordinaria: no objetó nada. Obviamente, aquel Deiduso había pasado más allá de las objeciones. Sí, es indubitable que las objeciones pertenecen a la Ley del Péndulo. Mientras uno esté objetando, está sometido a la Ley del Péndulo.

Todo el mundo tiene derecho a emitir sus opiniones, cada cual es libre de decir lo que quiera. Nosotros debemos, sencillamente, escuchar al

que está hablando, con respeto. ¿Terminó de hablar? Nos retiramos... Claro, algunos no proceden así, o no procederán en esa forma. Por orgullo dirán: "Yo no me retiro, yo tengo que darle en la torre". He ahí el orgullo supino, intelectualoide. Si nosotros no eliminamos de sí mismos el Yo del orgullo, es obvio que tampoco lograremos jamás la liberación final.

Lo mejor es que cada cual diga lo que tiene que decir y no le pongamos objeciones, porque cada cual es libre de decir lo que quiera, sencillamente. Pero uno siempre vive poniendo objeciones: se las pone al interlocutor, y se las pone a sí mismo también. Claro, esto no significa que no exista el agrado o el desagrado; es obvio que existe. Supongamos que a cualquiera de nosotros se nos pone a limpiar una pocilga, donde viven los cerdos, creo que éste no sería, precisamente, un trabajo muy agradable. Tendríamos derecho a que no nos pareciera agradable, pero una cosa es que no nos parezca agradable tal trabajo, y otra cosa muy diferente es que nosotros pongamos objeciones, que empecemos a protestar: "¡Qué porquería ésta, Dios mío; nunca creí que yo fuera a caer tan bajo! ¡Ay de mí, desgraciado de mí, etc., etc., limpiando una pocilga de cerdos! ¡En lo que vine a parar!" Bueno, con eso lo único que uno consigue es fortificar completamente, nuestros Yoes de la ira, del amor propio, del orgullo, etc.

También está el caso de una persona que, en principio, nos desagrada: "¡Es que me cae tan gorda esa persona!" Pero una cosa es que nos desagrade, en principio, y otra cosa es que nosotros estemos poniendo objeciones, que estemos protestando contra esa persona: "Pero es que tal persona me cae mal, esta persona es un problema", y que estemos buscando subterfugios para apuñalarla, para eliminarla. Con las objeciones, lo único que conseguimos es multiplicar la antipatía en nosotros, robustecer el Yo del odio, robustecer el Yo del egoísmo, el Yo de la violencia, del orgullo, etc.

¿Cómo hacer, en este caso, en que una persona no nos es grata? Es que todos debemos conocernos a sí mismos, para ver por qué no nos es grata esa persona. Podría suceder que esa persona esté exhibiendo algunos de los defectos que nosotros poseemos. Uno tiene el Yo del amor propio adentro, y si alguien exhibe alguno de esos defectos interiores, pues obviamente, ese alguien nos cae mal. De manera que, en vez de nosotros estar poniendo objeciones sobre esa persona, protestando, riñendo, más bien debemos autoexplorarnos, para conocer cuál es ese elemento psíquico

que cargamos interiormente y que origina esa antipatía. Pensemos que si nosotros descubrimos tal elemento y lo disolvemos, la antipatía cesa. Pero si nosotros, en vez de investigarnos a sí mismos, ponemos objeciones, protestamos, tronamos, relampagueamos contra ese alguien, robusteceremos el Ego, el Yo; eso es indubitable.

Dentro del mundo del intelecto, no hay duda que siempre estamos poniendo objeciones. Esto produce la división intelectual: se divide la mente, entre tesis y antítesis, se convierte en un campo de batalla que destroza el cerebro. Observen ustedes cómo esas gentes que se dicen "intelectuales", están llenas de extrañas manías (algunos dejan el pelo alborotado, se rascan espantosamente, etc., hacen cincuenta mil payasadas); claro, producto de una mente más o menos deteriorada, destruida por el batallar de las antítesis.

Si a todo concepto le ponemos nosotros una objeción, termina nuestra mente riñendo sola. Como consecuencia, vienen las enfermedades al cerebro, las anomalías psicológicas, los estados depresivos de la mente, el nerviosismo, que destruye órganos muy delicados como los del hígado, corazón, páncreas, bazo, etc. Pero si nosotros aprendemos a no estar haciendo objeciones (sino que cada cual piense como le venga en gana, que cada cual diga lo que quiera), terminarán esas luchas dentro del intelecto, y en su reemplazo vendrá una paz verdadera.

La mente de las pobres gentes, está riñendo a todas horas: riñe entre sí, espantosamente, y eso nos conduce por un camino muy peligroso, camino de enfermedades al cerebro, de enfermedades a todos los órganos, destrucción de la mente, muchas células son quemadas inútilmente. Hay que vivir en santa paz, sin poner objeciones; que cada cual diga lo que quiera y piense lo que le venga en gana. Nosotros no debemos poner objeciones, que así marcharemos como debe ser: conscientemente.

Así que, hay que aprender a vivir. Desgraciadamente, no sabemos vivir, estamos metidos dentro de la Ley del Péndulo. Ahora que, sí, yo reconozco, aquí, platicando con ustedes, que no es cosa fácil no poner objeciones. Salimos nosotros de aquí, agarramos nuestro carrito; de pronto, más adelante, alguien nos rebasa por la derecha, se nos atraviesa. Bueno, si no decimos nada, por lo menos tocamos el claxon en señal de protesta.

Aunque sea haciendo sonar el claxon, pero protestamos. Que alguien nos dice algo, en un momento en el que "abandonamos la guardia", y seguro que protestamos, ponemos objeciones. Es muy difícil, espantosamente difícil, no poner objeciones. En el mundo oriental, esto se ha reflexionado profundamente, también en el mundo occidental. Yo creo que hay veces en que hay necesidad de apelar a un poder que sea superior al de nosotros, si es que queremos libertarnos de esa cuestión de las objeciones.

En cierta ocasión, en que iba un monje budista caminando, por allá por las tierras esas del mundo oriental, en un invierno espantoso, lleno de hielo y de nieve y de bestias salvajes. Claro, esto le proporcionaba sufrimientos al pobre monje, naturalmente protestaba, ponía sus objeciones. Pero, tuvo suerte el pobre: cuando estaba desmayándose, en meditación se le aparece Amitaba, es decir, Amitaba, en realidad de verdad, es el Dios Interno de Gautama, el Buddha, Sakyamuni, y le entregó un mantram para que pudiera, pues, sostenerse fuerte y sin hacer objeciones; algo que le ayudase para no estar protestando, a cada rato, contra sí mismo, contra la nieve, contra el hielo, contra el mundo. Ese mantram es utilísimo: se los voy a vocalizar bien para que los graben en su memoria y para que quede grabado también en estas cintas que traen ustedes aquí, en sus grabadoras:

GAAATEE, GAAATEE, GAAATEE.

Mejor es que se los deletree: G-A-T-E. Ese mantram, tengo entendido que le permitió, a aquel monje budista, abrir el Ojo de Dagma, y eso es interesante. Se relaciona con la iluminación interior profunda y con el Vacío Iluminador.

Hubo necesidad de esa ayuda, pues, porque no es tan fácil dejar de poner objeciones. Un momento que descuide uno la guardia y está poniéndole objeciones a todo: a la vida, al dinero, a la inflación, al frío, al calor, etc., etc., etc. Muchos protestan porque está haciendo frío, protestan porque está haciendo calor, protestan porque no tienen dinero, protestan porque los picó un mosquito, por todo están protestando. Cuando uno, en realidad de verdad, vive siempre haciendo objeciones, se perjudica horriblemente, porque lo que ha ganado uno por un lado, disolviendo el Ego, por otro lado lo está destruyendo con las objeciones. Si uno está



luchando por no sentir ira, pero está poniendo objeciones, pues obviamente vuelve y coge fuerza el demonio de la ira. ¿Que está haciendo uno la lucha terrible por eliminar el demonio del orgullo?, pero si pone objeciones a la mala situación, a esto o aquello, pues vuelve a fortificar ese demonio. ¿Que está haciendo uno esfuerzos para acabar con la abominable lujuria?, pero si pone objeciones en un instante dado; "que porque la mujer no quiere tener relaciones sexuales con él", o la mujer que "porque el hombre no la busca", y cincuenta mil objeciones así por el estilo, pues está fortificando el demonio de la lujuria. De manera de que si por un lado estamos luchando por eliminar los agregados psíquicos y por el otro lado los estamos fortificando, sencillamente nos estancamos. Así que, si ustedes quieren, en realidad de verdad, desintegrar los agregados psíquicos, tienen que terminar con esa cuestión de las objeciones. Si no proceden en esa forma, se estancan inevitablemente, no progresarán en modo alguno.

Quiero pues que entiendan esto, mis estimables amigos, que lo comprendan de una vez. Bueno, hasta aquí por hoy la cátedra que hemos dado. Sin embargo, dejaremos abierta la puerta, para las preguntas que los hermanos tengan que hacer. A ver, habla, hermano.

P.- Maestro: se dice que "el silencio es la elocuencia de la sabiduría". Muchas veces, se dice, "es tan malo callar cuando se debe hablar, como hablar cuando se debe callar". Y hay veces que es necesario hablar, tal vez en momentos de defensa, cuando lo están atacando, tal vez injustamente. Quisiera que me aclare, pues, este aspecto.

R.- Uno tiene derecho a hablar, porque no es mudo ni nadie le ha cosido a uno la lengua. Pero lo que no es conveniente jamás, para nuestro propio bien, es estar haciendo objeciones, estar protestando, tronando y relampagueando porque está haciendo calor, porque está haciendo frío, disgustado con todo. Eso nos conduce, naturalmente, al fracaso. Necesitamos, repito, no hacer objeciones. Uno debe decir lo que tiene que decir: la verdad y nada más que la verdad, y dejar a los otros libertad para que opinen como les venga en gana, porque cada cual es libre de decir lo que quiera. Si uno no procede así, si a todas horas está haciendo objeciones, destruye su mente, destruye su propio cerebro y se ocasiona muchos daños a sí mismo. Además, fortifica el Ego en vez de disolverlo. ¿Hay alguna otra pregunta?

P.- Hay personas que viven, muy pero muy convencidas de que, a un momento de alegría le sucede uno de tristeza. Es decir, se programan en ese sentido, no se colocan dentro del círculo protector. Evidentemente, a esas personas les sucede eso, pero de una manera infalible, matemática. Tanto es así, que no disfrutan de los momentos de alegría porque ya, fatalmente, está temiendo el momento de tristeza. Quisiera que nos aclarara un poquito esto.

R.- Esas personas se dan cuenta, realmente, que todo en la vida tiene dos caras, pero desafortunadamente no se colocan en el centro del círculo, no se colocan en el Tao. Cuando uno está en el Tao, sabe que ve pasar alrededor de sí mismo, alrededor de su propia Conciencia, dentro de sí mismo, todos los acontecimientos de la vida con sus dos caras, y sabe que son pasajeros. Obviamente, entonces no se identifica ni con una cara ni con la otra: reconcilia los opuestos, mediante la síntesis. Tengamos el caso de alguien, por ejemplo, está en una gran fiesta, muy contento, muy alegre. Empero, ese alguien sabe que a todo momento de alegría, le sucede uno de dolor. Mas si esa persona está ubicada en el centro, en el Tao, entonces reconcilia los opuestos dentro de sí mismo, en su propio Ser, en su propia Conciencia. Dice: "Sé que a toda alegría le sucede una tristeza, mas a mí nada de esto me afecta, porque todo es pasajero, todo pasa: las personas pasan, las cosas pasan, las ideas pasan, todo pasa"... Por lo tanto, puede perfectamente vivir ese acontecer, como debe ser. Una reflexión así, le permitirá a tal persona, estar en el evento sin preocupación alguna: está consciente, sabe que está en un momento pasajero, no lo elude, lo entiende, conoce sus dos caras. Sencillamente, vive a conciencia. Al reflexionar una persona así, actúa en la misma forma en que actúa el corazón, cuando en el diástole se abre y recibe, acumula, organiza, elabora, para luego entrar en actividad con el sístole.

